

# Bojayá: entre el miedo y los medios

AÍDA CAROLINA LANCHEROS RUIZ

JULIÁN ANDRÉS RINCÓN ORTIZ

## Resumen

Esta crónica recoge la historia de la confrontación armada vivida recientemente en Bojayá, Chocó (Colombia), que dejó un saldo importante de muertos de la población afrodescendiente y una serie interminable de historias relacionadas con el miedo y la desolación que produce la guerra. El documento mostrará diferentes escenarios en los que se vivieron los momentos previos a la confrontación, su desarrollo mismo y sus trágicas consecuencias. Al final develará imágenes de la guerra y de las heridas que abre.

*Palabras clave:* paramilitares, guerrilla, iglesia, ejército, confrontación., comunidad, autonomía, violencia

Bajo la llovizna de una mañana de septiembre del 2002, Miguel Ángel, de catorce años, se arrodilló en la pista de aterrizaje de Vigía del Fuerte, en el Atrato antioqueño, esperando que uno de los helicópteros militares lo aplastara. Al verlo, su hermano Luis Eduardo corrió hasta el lugar donde el pequeño esperaba su final y evitó su muerte.

Ya habían pasado cuatro meses desde el jueves 2 de mayo, cuando los pobladores de Bojayá, municipio chocoano asentado en la otra orilla del Atrato, justo en frente de Vigía del Fuerte, buscaron refugio en la iglesia en medio de una batalla campal entre guerrilleros y paramilitares y una pipeta de gas se coló por el techo del templo y segó la vida de 119 personas.

Declinaba el fatídico año en que Luis Eduardo, sus hermanos y otros sobrevivientes de la masacre habían huido como desplazados hacia Quibdó y ahora, tentados por las promesas del gobierno y cansados de su situación de hacinamiento y miseria en la capital, habían decidido retornar a Bojayá.

Miguel Ángel no podía borrar de su mente el recuerdo de la iglesia destruida. Volver era encontrarse nuevamente con los vestigios del dolor que noche a noche martirizaban su vida, y por eso aquella mañana pensó que lo mejor era morir sobre la huella que dejan en el suelo los helicópteros militares.

Luis Eduardo Mosquera tampoco olvida el amargo 2 de mayo cuando Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, amaneció sumida en un silencio insoportable. En las calles sólo permanecía el olor rancio de los pescados encubetados, y el crujir de los pilotes que sostenían las casas de madera hacía olvidar el sonido tradicional de los requintos y tambores que antes alegraban al pueblo.

La noche anterior, unas quinientas personas habían buscado protección en la iglesia San Pablo Apóstol, en la casa de las Hermanas Agustinas y en la casa cural para protegerse de un enfrentamiento que los frentes 5 y 57 del bloque José María Córdoba de las Farc sostenían en el casco urbano contra el bloque Élmer Cárdenas de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá.

## **El teatro de operaciones**

La población sentía una presencia amenazante desde el domingo 21 de abril de 2002, cuando las autodefensas decidieron recuperar esta zona clave para el

abastecimiento de armas y droga y para la implementación de megaproyectos como el cultivo de palma africana.

La entrada de las autodefensas en 1996 para disputarle esos territorios a la guerrilla significó que la comunidad quedara entre dos fuegos. Desde ese año, ambos actores armados vienen asesinando líderes e imponiendo sus esquemas de explotación y sus modelos económicos.

Los habitantes son obligados a entregar sus tierras a precios irrisorios. Se dice que hay pobladores que han tenido que vender sus propiedades y no reciben ni la cuarta parte de lo que éstas pueden valer.

Paradójicamente, el conflicto se agudizó en el Chocó a raíz de la ley 70 de 1993, la cual establece que el gobierno nacional debe titular más de 3 millones de hectáreas mediante la expedición de títulos que, de emitirse, beneficiarían a cerca de 32 mil familias afrocolombianas.

Aunque legalmente las negritudes pueden poseer sus tierras, hay intereses económicos de multinacionales, narcotraficantes e insurgentes que procuran su desplazamiento para explotar las tierras baldías y que, con la ayuda de funcionarios públicos corruptos, tramitan las licencias.

Por otra parte, la explotación indiscriminada de madera ha generado erosión, contaminación de los ríos por utilización de químicos y daño del ecosistema. La llegada de colonos paisas que convierten la selva del Chocó en zona ganadera ha afectado la biodiversidad de la región, reconocida como una de las más ricas del planeta.

Allí impera un panorama de explotación irracional de recursos, de corrupción de las entidades estatales y de sometimiento de algunas comunidades, que soportan las injusticias y prefieren salir desplazadas, mientras que otras permanecen en este territorio, tentadas por el dinero.

La presencia de guerrillas en el bajo Atrato comenzó a finales de los años ochenta, cuando llegaron insurgentes del M-19, las Farc, el ELN y el EPL después de ser expulsados de Urabá, Antioquia y Córdoba por los paramilitares.

Pero el acoso de las autodefensas a la guerrilla era incesante, y en 1996 su presencia se sintió en el Chocó con bloqueos económicos, amenazas, persecuciones, asesinatos y desapariciones.

Como reacción a este avance paramilitar, las Farc y el ELN reforzaron a partir de 2000 su presencia en el medio Atrato. El 25 y el 26 de marzo se tomaron simultáneamente Vigía del Fuerte y Bojayá y acabaron con la vida de veintiún policías y nueve civiles, entre ellos el alcalde de Vigía, Pastor Damián Perea, cuyos vínculos con las autodefensas eran vox pópuli.

El dominio de la guerrilla era evidente: controlaba el territorio comprendido entre Las Mercedes, en Quibdó, y Boca de Curvaradó, en El Carmen del Darién, hasta aquel domingo 21 de abril de 2002, cuando 250 hombres del bloque Élder Cárdenas de las Autodefensas decidieron recuperar la zona.

Habiendo partido de Turbo pasaron por Punta de Turbo –retén permanente de la marina, que exige la presentación de documentación y efectúa requisas–, siguieron por Riosucio –retén permanente de la policía nacional– y salieron con rumbo hacia Bellavista-Bojayá –retén permanente del ejército–.

Después de navegar río arriba con el beneplácito de las fuerzas armadas colombianas llegaron en siete *pangas* –embarcaciones de alto cilindraje que alcanzan grandes velocidades– hasta el casco urbano de Vigía del Fuerte.

Esa mañana se llevaba a cabo en Bojayá una misa para conmemorar el día de los sacerdotes. Luis Eduardo Mosquera, su familia y gran parte del pueblo se encontraban en la homilía celebrada por Antún Ramos, quien se ordenaría el 6 de mayo, después de un año de preparación. A las once de la mañana se enteraron de la llegada de los paramilitares y, sorprendidos, esperaron lo peor porque horas antes habían visto hombres de las Farc deambular por las calles.

Después de la celebración, el padre Antún Ramos caminó hasta la casa de las Hermanas Agustinas, donde fue encañonado por un paramilitar que amenazó con matarlo si no lo dejaba entrar a buscar a unos jóvenes que se habían refugiado allí. Sin miedo, el padre le cerró el paso al insurgente y con voz pausada, como si sintiera el respaldo de Dios, le dijo: “Yo soy el párroco de este lugar”.

Arrepentido, el hombre se persignó mientras el padre le pedía que lo dejara hablar con su comandante, quien se hacía llamar *Lince 1*. El paramilitar facilitó el encuentro, y el jefe insurgente propuso una reunión con la comunidad para explicar la razón de su llegada; pero el padre se negó y reclamó respeto por la población civil.

Con la responsabilidad propia de un líder del pueblo y ese aire de deportista que no revela su oficio de guía espiritual de los bojayaseños, el padre Antún visitó una a una las casas del pueblo para brindarles tranquilidad a los habitantes.

El enfrentamiento era inminente, y cada parte tomaba su posición. Los paramilitares se ocupaban de fortalecer sus campamentos a la orilla del río e instalaron retenes en la zona argumentando que, mientras ese territorio fuera de Colombia, ellos no se irían de ahí.

Los guerrilleros, por su parte, se replegaron a la zona rural del municipio y algunos se ubicaron en la frontera delineada por el inicio de la selva. Fue así como el jueves 25 de abril retuvieron y saquearon *El Arca de Noé*, una embarcación de madera multicolor que navega por el Atrato distribuyendo víveres a las tiendas comunitarias de la región y combustible para la movilización de los equipos misioneros.

Entre tanto, los habitantes, liderados por Luis Eduardo Mosquera, se preparaban para leer la “Declaratoria de autonomía” que exige a los violentos el respeto por los lugares de habitación y por los sitios de encuentro de la población civil, y que surgió luego de que los paramilitares asesinaran en 1999 al padre Jorge Luis Mazo y al cooperante vasco Íñigo Egiluz, pertenecientes a la ONG Paz y Tercer Mundo, cuando terminaban un día de entrega de alimentos.

Desde entonces, ese comunicado es el arma de la población: se les da a conocer a los paramilitares, se le reitera a la guerrilla, y al Ejército se le exige que cumpla con el papel constitucional para el que fue creado.

Por su parte, la Comisión Vida, Justicia y Paz de la Diócesis de Quibdó y la Defensoría del Pueblo enviaron alertas tempranas a diversas autoridades luego de percatarse de la presencia amenazante de los grupos insurgentes.

La Defensoría emitió la alerta el 26 de abril después de visitar el área y advirtió sobre los riesgos de un posible enfrentamiento entre los grupos ilegales.

La Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos había enviado al gobierno el 23 de abril un comunicado oficial en el que expresaba su preocupación e instaba a las autoridades a tomar las medidas oportunas y adecuadas para proteger a la población civil.

Pero la única respuesta escrita recibida por la Oficina fue la enviada por la Procuraduría el 24 de abril, en la que transmitía su solicitud urgente a los ministros del Interior y de Defensa para que prestaran “directa atención a los sucesos que en forma reiterada alteran la tranquilidad en las poblaciones chocoanas”.

La semilla del temor que estaba germinando en el Atrato provocó la salida de unos cuatrocientos habitantes de la población: en ese momento era preferible convertirse en desplazado que en carne de cañón. Ellos llegaron a poblaciones cercanas, y algunos incluso a Quibdó, y se sumaron a las 6.610 personas que acababan de salir damnificadas por las lluvias permanentes de la región.

## El escenario de guerra

A las 6 de la mañana del 1o. de mayo, cuando regresaban en un bote a Vigía del Fuerte después de escuchar la “Declaratoria de autonomía”, los paramilitares fueron sorprendidos por disparos de la guerrilla.

Así se inició un enfrentamiento en el que murieron el comandante paramilitar *Camilo* y uno de sus acompañantes.

Luis Eduardo Mosquera escuchó los disparos y presencié el repliegue de los “paras” a Bojayá, pero también vio que una ráfaga hería de muerte a Diego Luis, un campesino de 53 años que cayó en las aguas del Atrato, el mismo río donde Luis Eduardo había nacido veintiún años atrás mientras su madre lo cruzaba en una embarcación platanera de más de diez metros de largo llamada “champa”.

Desde entonces se le conoció como *Chan*, apodo que años más tarde vino a consolidar cuando, como el actor Jackie Chan, alcanzó el cinturón negro en taekwondo.

Chan es un negro alto y musculoso, de nariz ancha y mejillas angulosas. Lo que más sorprende de él es que, después de todo lo que ha visto con esos ojos pequeños y chispeantes, siempre tiene en su mente una poesía y en sus gruesos labios una constante sonrisa de expresión amable.

Es el segundo de cinco hermanos. Su madre murió de un problema gástrico por falta de asistencia hospitalaria y su padre, don Luis Eduardo, navega en el río todas las mañanas, encomendado a Olosa, diosa africana protectora de los pescadores.

Cuando empezaron a llegar los insurgentes a la región, el negro era propietario de la peluquería El Chan, donde por tres mil pesos realizaba los cortes que había aprendido observando a profesionales y ya casi peluqueaba a todo el pueblo. Con eso mantenía a su esposa y ayudaba a su familia.

Ese 1o. de mayo, después de oír las ráfagas y de ver morir a Diego Luis, corrió a la casa, que quedaba a tres cuadras de la iglesia y a cinco de la vivienda que compartían sus hermanos y su padre, y donde lo esperaba su mujer.

Era un rancho de madera, como muchas viviendas del pueblo. Pero la de sus vecinos, una pareja con dos hijos, estaba mejor construida; ellos les ofrecieron asilo y allí pasaron el día las dos familias mientras los disparos arreciaban.

Caía la noche y los paramilitares empezaron a escudarse en las casas; los guerrilleros respondían y los pobladores se amontonaban en la iglesia, adonde habían llegado durante el día buscando refugio por ser la edificación de cemento más grande y por tratarse de un lugar sagrado.

A nadie le pasó por la cabeza que fueran a irrespetar el templo; a nadie se le ocurrió que meterse allí marcaría el último día de sus vidas.

Todavía en la casa vecina, Luis Eduardo se asomó por la ventana y vio a un paramilitar que, recostado contra ésta, se alistaba a disparar hacia el río. El negro pensó que los fognazos del arma delatarían la posición del combatiente y los pondrían a todos en la mira de un contraataque.

Ya la casa había recibido algunos disparos por donde se filtraba la luz oblicua de los primeros relámpagos de una tormenta que se acercaba. Entonces Chan tomó la tranca de la puerta y con una camiseta blanca improvisó una bandera de paz.

Enarbolar ese símbolo en medio de un enfrentamiento era una idea descabellada, pero aún más arriesgado era quedarse quietos a esperar el ataque.

Salieron en medio de la noche, que ya dejaba caer las primeras gotas, y, mientras ubicaban el lugar de la siguiente pisada con el agua hasta la cintura, de sus gargantas salía un coro que suplicaba respeto por sus vidas.

Llegaron por fin a la iglesia, donde encontraron a unas trescientas personas. Las otras estaban en la casa de las Hermanas Agustinas y en la casa cural, únicas construcciones de ladrillo en una población hecha “de sudor y piel”, como

dice Luis Eduardo de su pueblo, donde, como ya se dijo, casi todas las viviendas son de madera.

Adentro, el padre Antún lideraba el trámite del refugio y las plegarias que imploraban la ayuda del cielo para que pasara pronto ese trance aterrador. Lo acompañaban el padre Janeiro Jiménez y el padre Antonio.

Buscando comodidad, entre todos corrieron las bancas hacia las paredes y colocaron en el piso las colchonetas de los ejercicios aeróbicos que, con el aval del padre Antún, coordinaba Chan tres días a la semana.

Aunque era un hombre atlético, el negro sufría de un viejo temor que lo obligaba a ubicar los sitios seguros de los lugares a los que llegaba. Y la iglesia, con apenas veinte metros de largo por diez de ancho, una puerta de metal y unas cuantas ventanas de hierro moldeado, no le ofrecía otra posibilidad de protección que una columna de cemento armado.

La buscó y, cuando estuvo ubicado con su mujer y sus vecinos, reconoció a muchos habitantes del barrio Pueblo Nuevo de Bellavista-Bojayá y se tranquilizó al ver a su padre y sus hermanos del otro lado de la iglesia.

La llovizna se convirtió en tempestad y cesaron los combates. Ya era medianoche; volvió una calma impaciente. El calor se hacía insoportable y el tiempo transcurría en medio de sollozos y hambre.

Como en el pasaje bíblico, el padre Antún se aprestaba a multiplicar agua y alimento para la gente. Con el mercado de tres sacerdotes debía calmar el hambre de las trescientas personas que se encontraban en la iglesia.

En un acto de bondad, don Ricardo, el panadero, ofreció la producción del día. Aprovechando el imprevisto cese del fuego, Chan y otros cuatro habitantes se arriesgaron a salir de la iglesia a buscarla.

Sin embargo, al llegar a la panadería encontraron las puertas forzadas y las estanterías casi desocupadas. Los paramilitares se les habían adelantado. Entonces cogieron lo que había quedado y regresaron al templo a pasar la noche.

Ya comenzaba a amanecer cuando tocaron a la puerta. Eran dos hombres de las autodefensas que buscaban al médico Juan Marcelo Vásquez para que le practicara la autopsia al comandante Camilo y al otro paramilitar muerto.



Luis Eduardo no entendía la presencia de Juan Marcelo en la iglesia. Hacía tiempo que este médico —que le dio estudio y se convirtió en su consejero muchos años atrás— había partido del pueblo.

Cuando el doctor pidió colaboración, Chan vio la oportunidad de devolver un favor y se ofreció a ayudar, con lo que sumaría una nueva experiencia a su vida: según él, la de “rajador de muertos”.

Cuando terminaban de establecer que un tiro de fusil había destruido el hígado y causado la muerte del comandante se reiniciaron los combates. Lo cosieron a contrarreloj y regresaron a la iglesia, donde se sentaron a beber una botella de aguardiente, lejos de la esposa de Chan, que no se le acercaba porque, según ella, estaba impregnado de olor a muerto.

Mientras bebían, Juan Marcelo explicó el motivo de su visita: había regresado a cobrar un dinero que le adeudaban por su trabajo, pero esa noche la guerra lo cogió sin plata y pasando tragos de amargura, rabia y desespero.

Ya eran las 10 de la mañana cuando dos guerrilleros instalaron un lanzador de pipetas en el patio de cemento de una casa del barrio Pueblo Nuevo, a unos cuatrocientos metros de la iglesia. El objetivo era provocar el repliegue paramilitar hacia el sur.

Media hora después lanzaron la primera pipeta. Cayó en una casa, a cincuenta metros de la iglesia. Seguidamente cayó otra en el patio trasero del puesto de salud.

Itsmenia, la loca del pueblo, empezó a gritar por la calle que subía del río y terminaba en la puerta del templo. Coherencias o incoherencias, ya nadie ponía atención a sus palabras. Sólo un disparo la calló.

Juan Marcelo y Chan salieron de la iglesia a socorrerla y vieron de reojo que la tercera pipeta, cargada con metralla y puntillas, se colaba por el techo de la iglesia. Eran las 10:45 de aquel macabro 2 de mayo.

Murieron 119 personas. Eran 49 niños y 70 adultos que segundos antes habían escuchado las explosiones y las ráfagas y habían sentido el impacto que segó la vida de Itsmenia y que, luego, tras un eco ensordecedor, perdieron la vida.

Lo que vino después fue un cuadro horrendo: gente desmembrada buscaba la salida; se oían llantos, gritos, clamores de angustia; quienes se daban cuenta de que estaban vivos reaccionaban ante sus heridas y corrían despavoridos.

En medio del caos, el padre Antún vio a un hombre sin cabeza caminar por el centro de la iglesia y, perplejo, invocó a Dios y al ánima de su madre, muerta dos meses atrás.

El objetivo ahora era salir de la iglesia y llevar a los heridos a la casa de las Hermanas Agustinas Misioneras, pero esta labor resultaba imposible porque el ataque de los guerrilleros recrudeció.

Luis Eduardo corrió hacia la iglesia a buscar a su mujer. Alguien abrió la puerta y una estampida salió en pánico. *Chan* vio pedazos de órganos resbalar por la pared y ayudó a decenas de heridos que salían de todas partes.

En medio de la confusión divisó a su mujer cerca de la columna que había escogido como refugio. Estaba aletargada y con la piel hecha barro por el cemento y las lágrimas. La tomó entre sus brazos y serpenteó entre los chiflidos de las balas hasta la casa de las Agustinas.

Allí estaba también el padre Antún. De una herida en la frente le bajaba un hilo de sangre por el rostro y, como si la imagen fuera una corona de espinas, no podía quitar de su mente el momento en que vio la pipeta caer sobre el altar de su iglesia, hundir el piso que sostenía a decenas de personas y destruir el paral del pequeño crucifijo que se convertiría en el símbolo de la masacre de Bojayá.

Lo reconfortaba la confianza que la gente tenía depositada en él como representante de Dios. La única opción era salir de la población hacia un lugar seguro. En ese momento, Vigía del Fuerte se convirtió en la “tierra prometida”. Los sobrevivientes estaban dispuestos a hacer lo que él ordenara.

Como la noche anterior, Luis Eduardo improvisó una bandera de paz que entregó al religioso. Antún, que en una lengua africana significa ‘salvador’, encabezó una marcha de trescientas personas que coreaban a viva voz: “¿Qué somos? Población civil. ¿Qué exigimos? El respeto por la vida”.

Así marcharon unos 150 metros en medio del combate hasta la orilla del río y se embarcaron en dos botes plataneros. Mientras bajaban a los heridos en

Vigía, Luis Eduardo, que esperaba en la orilla de Bojayá para el segundo viaje, se acordó de su padre y sus hermanos.

Quiso regresar a buscarlos en la iglesia o internarse en la manigua, pero el compromiso era permanecer con el grupo hasta que todos estuvieran a salvo.

Ya en Vigía escucharon el lanzamiento de una cuarta pipeta, que cayó sin explotar detrás de la casa de las Misioneras Agustinas y que reiniciaba una confrontación que duraría hasta el lunes siguiente.

En la mañana del viernes 3 de mayo, las Farc anunciaron haber retomado el control de Bellavista-Bojayá y, en un cese de hostilidades correspondiente a una tregua no pactada, permitieron que una comisión regresara a la localidad a evacuar a los heridos y a reconocer y enterrar a los muertos en las afueras de la población.

Entre tanto, Luis Eduardo, que ya se había reunido con sus hermanos María, Miguel Ángel y José Abricel, continuaba buscando a su padre. Con el ánimo de encontrarlo se ofreció de voluntario con otros cuatro hombres a ir a Bojayá a recoger los cadáveres. Al llegar al templo lo vio de golpe. Estaba muerto, con un disparo en el pecho que indicaba que, después de la explosión, la guerrilla había seguido disparando.

Entre los muertos, los voluntarios también encontraron algunos heridos, como un joven que llevaba más de un día con una varilla clavada en el estómago. Había sobrevivido todo ese tiempo gracias a la ayuda de una mujer que aún tiene fama de desquiciada en el Chocó y que dice tener 35 mil hijos y haber vivido doscientos años.

Ella, que se siente la matrona de los negros del Atrato, les contó que esa noche salvó personas y juntó cuerpos y que, a veces, cuando las partes no coincidían, juntó dos manos derechas o dos pies izquierdos e incluso intentó unir cráneos a espinas dorsales sin dueño.

Cuando la comisión empezó a enterrar los restos, la tregua se rompió por el reinicio de los enfrentamientos entre guerrilleros y paramilitares. Entonces debieron dejar los cuerpos de otras 51 personas en bolsas negras de polietileno sobre una panga atrateña hasta el lunes siguiente, cuando el grupo sepulcrero pudo retornar.

## Se abre el telón

En la madrugada del viernes 3 de mayo, Paco Gómez Nadal, en Bucaramanga, y Jesús Abad Colorado, en Medellín, escucharon la noticia. La cadena radial que emitía no sabía nombrar el sitio: “Borrajá” o “Boyajá”, decían los locutores. Para completar, este es uno de los pocos pueblos del país que tiene dos nombres, ya que, si bien se llama Bojayá, su cabecera se conoce como Bellavista.

En el noticiero radial entrevistaban al coronel Orlando Pulido, comandante del batallón Alfonso Manosalva Flórez, de Quibdó, quien consideraba que hablar de cincuenta muertos por la explosión de una pipeta era una especulación.

Para Colombia fue un episodio más de la guerra por entregas que se vive en los medios de comunicación. Para Paco y Jesús Abad, el hecho ocurrido en Bojayá era el resultado de un conflicto que azota a la región Pacífica desde hace varios años y que pocos se han ocupado de contar.

El cariño que sentía por esta tierra desde hacía cinco años, cuando llegó de España a hacer sus pasantías en *El Colombiano* de Medellín, motivó a Paco Gómez, ahora periodista de *El País* de Madrid, a viajar hasta Bojayá a acompañar a los atrateños.

Se comunicó con Jesús Flórez, de la Diócesis de Quibdó, y le ofreció su ayuda. El pastor de almas le pidió “palabras”. Le pidió contar la historia y decir que la vida en el Chocó la sostiene la Iglesia y que, si no fuera por el trabajo de los religiosos, del equipo diocesano, de las hermanas y de los curas, las cosas serían peores.

Así había sido el día de la masacre. Los religiosos se encargaron de la alimentación, el abrigo y el transporte de las víctimas mientras el gobierno se preocupaba por recuperar la zona enviando las tropas que, de haber estado allí en el momento fatídico, habrían podido impedir la barbarie.

El padre Jesús, en Quibdó, fue el puente de información con Medellín. Fue él quien le relató a Paco que nadie había podido llegar a la zona y que se hablaba de ochenta muertos.

El español llegó esa misma tarde a la capital chocoana, donde consideró necesaria la presencia de un fotógrafo. No dudó en llamar a Medellín a Jesús Abad Colorado, un paisa de ojos afinados y “con sentido de corazón”, como él mismo se describe.

Los dos se sorprendieron al conversar por teléfono y notar que tenían la misma necesidad de viajar a la zona. El recrudecimiento de los combates en Vigía del Fuerte y la inundación de la pista del aeropuerto hicieron desistir a Jesús Abad de viajar hasta la población en un helicóptero del Programa Aéreo de Salud. Finalmente se reunió con el periodista español en Quibdó, donde ambos participaron en una reunión en la que determinaron los riesgos de ingresar a la zona.

La alternativa fue viajar en una lancha de la Defensoría del Pueblo, que, con el aval de la Diócesis de Quibdó, les permitió hacer parte de la comitiva porque conocía su trabajo y sabía que, por ser periodistas independientes, no pondrían en riesgo la misión.

Partieron el domingo 5 de mayo. Cuando se encontraron con el primer retén de las Farc, los reporteros fingieron ser sacerdotes. Gracias a eso, y al poder de los verdaderos religiosos y del Defensor del Pueblo del Chocó, Alberto Bóder, pudieron continuar.

Mientras navegaban hacia Bojayá vieron campesinos de pueblos inundados que salían a la orilla pidiendo ayuda. Esto hacía aún más tenso el viaje, no sólo por la incertidumbre de lo que encontrarían en el sitio de la masacre sino también por la corroboración de que la realidad del Chocó permanecía inmodificada.

Diez champas en que viajaban, hacinados, huérfanos y viudas empezaron a sugerir el panorama que encontrarían al llegar. Eran el preámbulo de una procesión de desplazados que viajaba hacia Quibdó huyendo de los combates.

El pánico se apoderó del médico de la comitiva, un guajiro que amenazó con tirarse al agua si continuaban avanzando y los hizo pensar en devolverse; pero entre todos lograron calmarlo y tomaron la decisión de seguir. Dos horas después llegaron a Vigía una tarde húmeda y caliente de domingo.

Bojayá era entonces un pueblo fantasma que se descubría al mirar al otro lado del Atrato. Allí sólo quedaban algunos combatientes que mantenían el fuego apostados en la cabecera del pueblo o atrincherados a la orilla del río. Los acompañaban los 51 cadáveres que flotaban en la champa sobre el río Bojayá, afluente del Atrato.

Paco Gómez percibía el desespero de la gente y recordaba con nostalgia la alegría que antes se respiraba. Por eso, durante las veintiséis horas que permaneció allí recogió los testimonios de los sobrevivientes y armó, con

base en sus conocimientos del Chocó, una historia que luego publicarían 45 diarios del mundo.

Por su parte, Jesús Abad captaba con su cámara la desolación de la gente. Nadie lloraba. Los muertos, muertos estaban; pero para los sobrevivientes apenas empezaba la tragedia del desarraigo y la incertidumbre.

Mientras tanto, los periodistas de los medios nacionales no hallaban forma de llegar a la zona. Algunos se quedaron en Medellín esperando transporte directo hasta Vigía; otros llegaron a Quibdó en busca de transporte por el río.

Pero los militares habían prohibido viajar a Bojayá con el argumento de que, mientras no se recuperara el control de la zona, no podían garantizar la seguridad de los comunicadores. Sin embargo, algunas versiones insinúan que la verdadera razón de la negativa era demorar la llegada de los periodistas para evitar la consecución de información sobre una matanza que se habría podido evitar.

Entonces los periodistas, presionados por la gravedad de la noticia, montaron un centro de recepción de información en la capital chocona. Las historias que se emitían se sustentaban en simples rumores y ellos tuvieron que apelar a los comunicados de la Diócesis de Quibdó mientras conseguían testimonios de las víctimas de la tragedia.

Fueron los relatos de los desplazados que iban llegando a Quibdó lo que les permitió a los periodistas comenzar a narrarles al resto de colombianos la situación que se vivía en el medio Atrato.

Paco y Jesús Abad hacían lo propio en Vigía del Fuerte. A las 4 de la tarde del domingo, un guerrillero autorizó que ellos, el padre Jesús Flórez y una religiosa cruzaran el río hacia Bojayá.

Llegaron a la otra orilla, pero uno de los comandantes guerrilleros les negó el ingreso y debieron permanecer dentro de la champa, adonde llegaba el olor nauseabundo que salía de las bolsas negras de la panga abandonada.

Esperando el permiso para ingresar a la iglesia vieron a unos guerrilleros que llevaban a un hombre enfermo. Se sorprendieron al descubrir que era el padre Janeiro Jiménez, emparamado y con hongos en los pies. Los guerrilleros lo habían encontrado en la ciénaga en un evidente estado de shock psicológico y lo transportaron a Vigía, donde le diagnosticaron paludismo.

Cuando caía la noche fueron testigos de otra escena impactante: guerrilleros enlodados y con las botas encharcadas se movilizaban por la orilla del río; la muchacha que encabezaba el grupo hizo una pausa frente a la panga que contenía los cadáveres y vomitó. “Es que la guerra es muy hijueputa”, atinó a decir, impávido, uno de los que la secundaban.

Después de dos horas de espera, y con la escena aún en la mente, periodistas y religiosos tuvieron que regresar a Vigía. Pernoctaron en la casa de las Hermanas Agustinas, donde, atemorizados por los ataques aéreos del ejército, improvisaron parapetos con mesas y colchones.

El insomnio era contagioso. Además de por los disparos, la calma de la noche era rota por las rancheras que, borracho, entonaba el médico Juan Marcelo, quien bebía aguardiente con Luis Eduardo.

Paco se acercó y habló con ellos. El médico repetía incesante que el infierno no lo había conocido Dante sino los habitantes de Bojayá, pueblo que decía querer de todo corazón. No hay certeza, pero muchos dicen que fue el dolor de la tragedia el que meses después le produjo el infarto que terminó matando a este hombre alcoholizado.

El lunes, temprano, Chan y los otros cuatro voluntarios encargados de las tareas de sepultura volvieron a Bojayá a terminar su tarea. La Alcaldía le había ofrecido dos millones de pesos a cada uno por terminar de enterrar a los muertos y recoger los cadáveres que quedaban en el templo.

Bebiendo a borbotones botellas de aguardiente, los cinco hombres sacaron los cuerpos de la champa abandonada desde el viernes y los cubrieron de tierra. Luego regresaron a la iglesia y acompañaron a Jesús Abad y Paco, que interrogaban a un comandante guerrillero sobre su versión de los acontecimientos.

A pesar de que expuso toda una filosofía para justificar el ataque, éste reconoció que la explosión en la iglesia había sido un error. Tras esa revelación les permitió ingresar al sitio de la masacre.

Permanecieron sólo veinte minutos allí, porque el alma no les dio para más. El olor era ya lo de menos. Ahora lo que importaba era mantenerse de pie sobre ese revuelto de sangre y escombros que amenazaba hacerlos caer. Encontraron manos, orejas, pies...; ayudaron a sacar dos cuerpos aprisionados por un muro y salieron abrumados de allí.

Con ese sentimiento, el español salió de la zona para escribir *Los muertos no hablan*, libro en el que da a conocer la escalofriante situación de los negros del Atrato y que escribió para exorcizar su memoria, asqueada por la barbarie. Las regalías se destinaron a los habitantes del pueblo.

Jesús Abad se quedó para seguir el desarrollo de la situación, que amenazaba volverse invivible. Después de tomar varios rollos fotográficos, los sepultureros voluntarios lo nombraron testigo y garante para asegurar que el dinero prometido les fuera entregado. Él improvisó a mano un contrato donde escribió los nombres de quienes participaron en tan penosa labor.

Los habitantes se debatían entre la zozobra del desplazamiento y el miedo a caer en los combates, a los que ahora se sumaba la atemorizante acción aérea de las fuerzas militares para recuperar la zona.

Durante el lunes 6 de mayo, mientras la armada intentaba llegar a Bojayá escoltada por la fuerza aérea, ocurrieron enfrentamientos con las Farc frente a Napipí, un corregimiento cercano, perteneciente a Bojayá.

En este operativo murió María Ubertina Mena, y dos personas más resultaron heridas. Las balas mortales provenían de la infantería de marina. La mayoría de las viviendas ubicadas en la orilla del río, incluida la iglesia, recibieron impactos de armas de fuego en sus frentes y techos.

Jesús Abad llegó a Napipí y, asombrado de que las fuerzas armadas dispararan contra la población civil, fotografió lo sucedido.

Simultáneamente, unos veinte periodistas que habían buscado en Quibdó la forma de acercarse a la zona de los hechos lograron emprender viaje por el río, pero unos quince minutos después fueron detenidos por un retén del ejército, donde fueron interrogados y registrados.

Cuando se disponían a proseguir, el coronel Orlando Pulido, comandante del batallón Manosalva Flórez, llegó a detener la marcha de la nave y en su angustiada carrera cayó al agua. Embarrado transmitió la orden del general Mario Montoya, entonces responsable de la IV Brigada, que les negaba el paso a los periodistas. Éstos, frustrados, tuvieron que retornar a la capital del Chocó.

Glemis Mogollón, redactora de *El Tiempo* en Medellín, era una de las periodistas que viajaba en la embarcación y que había buscado afanosamente la for-



ma de llegar al medio Atrato. El día anterior había conseguido un motor sin lancha, pero se quedó sentada junto a él porque, ante la inminencia del peligro, nadie se atrevía a tomar camino. Estaba desmoralizada.

En la misma situación se encontraban Javier Arboleda, redactor de la Unidad de Paz y Derechos Humanos de *El Colombiano*, y Donaldo Zuluaga, el fotógrafo que lo acompañaba. El sábado anterior habían propuesto en Medellín el alquiler de un vuelo chárter pero en esa ocasión también el ejército torpedeó la iniciativa. En Quibdó habían juntado los catorce millones de pesos que pedía un lancharo para transportarlos, pero a última hora el hombre se atemorizó. Ahora, siendo ya lunes 6 de mayo, cuatro días después de la masacre, y con el tiempo apremiando implacablemente, empezaban a perder la paciencia.

La situación era diferente para los periodistas extranjeros. Los grupos insurgentes, que, por un lado, amenazan e intimidan a los medios nacionales, por el otro privilegian con su información a los internacionales.

Así sucedió con Karl Penhaul, enviado de CNN, quien llegó por cuenta propia a Bojayá la noche del domingo y a la mañana siguiente fue invitado por los guerrilleros a ver los maletines decomisados a los paramilitares en sus operaciones. Según las Farc, los periodistas extranjeros sí cuentan la realidad del conflicto colombiano.

El martes siguiente, al “gringo”, que había despertado sospechas en la comunidad, se unieron Scott Wilson, de *The Washington Post*, y un colega de otro diario extranjero. Con menos temor que los colombianos, estos dos periodistas habían violado la restricción del ejército y llegado hasta Bojayá en una embarcación alquilada. Para evitar los retenes, el hombre que la conducía los dejaba en la orilla del río metros antes, cruzaba solo el punto de chequeo mientras los comunicadores extranjeros caminaban por la manigua y los volvía a recoger más adelante.

Ese día, por fin, cesaron los enfrentamientos. Las fuerzas militares tomaron el control de los cascos urbanos de Vigía del Fuerte y Bojayá mientras los habitantes, aturcidos por el suceso, se sentían acongojados por no haber podido realizar los rituales tradicionales de la muerte.

Los sobrevivientes sentían que los muertos no estaban en paz. Los velorios y el novenario, los “alabaos”, las oraciones, los adulatorios y los responsorios, rituales propios de los negros, se quedaron sin realizar. Las “cantaoras”, que desde

tiempos ancestrales repiten retahílas de oraciones en los velorios y entierros, conocían más que nadie el vacío que significaba obviar esos protocolos funerarios.

Los 49 niños que murieron también se quedaron sin el “gualí”, esa costumbre africana, conocida también como el “chigualo”, en la que el cuerpo sin vida del pequeño se alza y se pasa de mano en mano mientras se canta, se baila y se juega con él.

Padrinos, padres y amigos toman aguardiente y folclorizan la muerte. Cantan y lloran buscando que la mano del “Buen Ángel Mayor” conduzca a cada difunto a la morada de sus mayores. Es una ceremonia tranquila que rememora la celebración que los negros llegados de África hacían cuando uno de sus hijos moría porque se habían salvado de la esclavitud y los atropellos del hombre blanco.

En el Atrato y en todo el Pacífico colombiano, la Iglesia católica ha respetado esa cultura popular y la ha adaptado a su liturgia. Al padre Antún todavía le cuesta trabajo coger la criatura sin vida, pero participa de los gualíes y velorios de nueve noches.

Por eso entiende que lo que más afectó a la comunidad fue no haber hecho el ritual autóctono para enterrar a los muertos: “Nosotros sólo hicimos una oración a nivel cristiano realizada con urgencia ante la putrefacción de los cuerpos y los combates incesantes, pero dentro del quehacer religioso africano sentimos que los muertos no han descansado, que están todavía deambulando por ahí, en el aire”, concluye.

A las 6 de la tarde del martes 7 de mayo, un buque nodriza del ejército colombiano atracó en las poblaciones ribereñas del Atrato. Aunque los guerrilleros habían anunciado su repliegue para evitar enfrentamientos, los bojayaseños temían por su seguridad y nuevamente corrieron a buscar refugio con los sacerdotes, que en esas zonas olvidadas del país tienen más poder y credibilidad que políticos y militares. Allí, el ejército infunde mucho más temor que respeto.

Atemorizado por el sonido de las hélices de los helicópteros, Luis Eduardo Mosquera, *Chan*, pensó por primera vez en salir de su propia tierra, y en la mañana del miércoles él y sus hermanos se unieron a la caravana de desplazados que, sin esperanza, tomaban rumbo a Quibdó.

Las tropas ingresaron al pueblo con soldados emparamados que intentaban restablecer la calma. Mientras tanto, en la capital chocoana el general Mario

Montoya realizaba una rueda de prensa en la que daba a los periodistas su versión de los hechos y les ofrecía transporte hasta Vigía del Fuerte.

A las 9:30 de la mañana de ese 8 de mayo, seis helicópteros Black Hawk se alistaban en el aeropuerto del batallón de Quibdó. En uno de ellos se adjudicaron quince cupos para la prensa, que vio en ésta una excelente oportunidad de acceder a la zona en vista de lo infructuosos que habían resultado sus esfuerzos por llegar.

Afanados, los periodistas se olvidaron del pacto en el que horas antes habían decidido que al menos un cupo fuera para un comunicador de la región. A empujones y arañazos intentaron subir todos. Según algunos periodistas, el problema lo resolvió el general Montoya con una orden: “Se suben dos de RCN, dos de Caracol y dos de Noticias Uno, y el resto miren cómo se acomodan”.

Donaldo Zuluaga, fotógrafo de *El Colombiano*, logró subir y le pidió al general que permitiera el ingreso de su compañero Javier Arboleda. Montoya accedió y las naves despegaron.

Aunque la idea de viajar con uno de los bandos en conflicto no era buena, estaban tranquilos al pensar que por fin, después de siete días, podrían llegar a Bojayá para después contar lo que hubieran visto.

Glemis Mogollón, periodista de *El Tiempo*, no alcanzó a subirse al helicóptero, pero asegura haber visto al equipo de RCN, conformado por Adriana Aristizábal y su camarógrafo, subir en primer lugar gracias a la preferencia del general, pero Aristizábal, reportera de dicho canal de televisión, argumenta haber ganado el puesto gracias a una maratónica carrera.

Finalmente, las dos llegaron a su destino: Adriana Aristizábal con el ejército y Glemis Mogollón en compañía de otras periodistas después de siete horas de navegación por el Atrato.

Desde el helicóptero, Donaldo Zuluaga consiguió una de las fotos más significativas para él: una imagen panorámica que mostraba el techo de la iglesia perforado por el impacto letal y el sitio desde donde se habían disparado los artefactos.

Ya en Vigía, los periodistas atravesaron el Atrato para llegar a la iglesia de Bojayá, donde los gusanos formaban un tapete macabro y el olor de la descomposición era intolerable.

No estuvieron más de treinta minutos en la población: apenas el tiempo necesario para presenciar la escena que protagonizó el general Montoya al llorar frente a las cámaras con un zapato de niño en sus manos.

## ***Un actor armado***

Esa imagen, que conmovió el corazón de los colombianos, muestra una de las situaciones más controvertidas de la masacre de Bojayá. De un lado están quienes se niegan a dar valor a las lágrimas del militar; del otro están quienes las defienden como una expresión de profundo dolor frente a un hecho atroz.

Los que no creen argumentan que es poco probable ver a un niño calzado en un pueblo tan pobre. Además, la hora en que comenzaron los combates tomó por sorpresa a los pobladores y muchos llegaron a la iglesia vistiendo sólo pantaloneta. El detalle final que agregan para cuestionar la actitud del general es una pregunta: entre tanta sangre y escombros ¿cómo podría quedar impecable un zapato?

Por su parte, Adriana Aristizábal, quien junto con los enviados de Caracol y Noticias Uno transmitió la escena, asegura que destacó el hecho porque le sorprendió ver acongojarse de esa manera a un general de la República que ha combatido a la guerrilla y se ha formado como un hombre duro. Ella lo interpretó como un sentimiento espontáneo y se niega a creer que haya sido un montaje planeado en Medellín.

Mientras los medios de comunicación se ocupaban de las lágrimas del general Montoya, por otra parte se preparaba la visita relámpago del Presidente de la República del momento, Andrés Pastrana Arango.

El mandatario llegó el jueves por la mañana, proveniente de Cartagena. Según Javier Arboleda, venía con un inocultable guayabo y un evidente desconocimiento de lo ocurrido. Luego, en su discurso, prometió que Bojayá quedaría reconstruido antes del 7 de agosto de 2002, día en que culminaba su mandato, promesa que no cumplió.

De regreso a Bogotá imploró la presencia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas, Anders Kompass, quien viajó al lugar y regresó culpando por igual a guerrilla, paramilitares y ejército: a las Farc por causar la muerte de más de un centenar de civiles, heridas y lesiones a cerca de ochenta más y la destrucción de bienes con cilindros de gas, arma no convencional; a las autodefensas

por exponer a la población a los peligros de la confrontación armada y utilizarla como escudo, y, finalmente, al ejército por incumplir sus obligaciones de prevención y protección de la sociedad y por hacer caso omiso de las alertas tempranas enviadas desde Quibdó.

Aún indispuerto por las observaciones del Comisionado de la ONU, Pastrana aprovechó el acontecimiento para lograr que las autoridades internacionales incluyeran a las Farc en la lista mundial de terroristas y conseguir así ayuda económica para combatirlos.

El jueves 9 de mayo, Jesús Abad Colorado regresó a Medellín con los padres de la Diócesis. Dejaba atrás una tierra que ha visto bajar centenares de cadáveres por su río y cuyos habitantes han sido víctimas de restricciones alimenticias, de abusos, de desplazamiento y de olvido.

## El drama continúa hoy

Pasan los años después de la masacre, y en Bojayá han cambiado pocas cosas. La miseria y el hambre aún campean, las promesas del gobierno siguen sin cumplirse, el pueblo continúa inundado y la reubicación se ha aplazado.

Los bojayaseños viven ahora en medio de un “desfile de chalecos” de integrantes de ONG, que, lejos de comprender y resolver las necesidades de la gente, ofrecen ayudas inútiles, como semillas de plantas que no se dan en la región, gallinas que requieren comida especial o arbustos de los Llanos Orientales, según indica el informe *Noche y niebla*, publicado por el Cinep y el Banco de Datos de Derechos Humanos en el segundo aniversario de la masacre.

Y, aunque inapropiadas, las ayudas generan división entre la comunidad. “A unos les dan y a otros no, y la gente se disgusta porque la cosa es para todos o para nadie —dice un campesino que dio su testimonio a la revista *Semana*—. Los desplazados lo perdimos todo... menos la dignidad”.

La salud mental del pueblo tampoco anda bien. Según el psicólogo Carlos Arturo Rojas, del puesto de salud de Bojayá, después del atentado el alcoholismo y los deseos de morir han aumentado. Así mismo, los núcleos familiares han venido sufriendo una rápida descomposición, pues, ante el miedo de perder a los seres queridos, la gente prefiere no crear nexos estables con nadie. Los bojayaseños no quieren querer.

Desde su retorno el 2 de septiembre del 2002, Chan se ha negado a visitar la casa de su padre para evitar el dolor. Ha empezado a practicar el boxeo, y dice haber noqueado a los más duros contendores en peleas de cuatro asaltos, pero aún no ha podido con la tristeza y la desesperanza.

Frecuentemente viaja con sus hermanos Miguel Ángel y María a Medellín, donde los atienden por los problemas psiquiátricos en los que quedaron sumidos después de aquel 2 de mayo. En la Casa de Dios, hogar de beneficencia donde se alojan cuando van, Miguel Ángel destrozó contra las paredes todos los crucifijos como si le reprochara a Dios haberlos olvidado o intentara borrar el recuerdo del Cristo que quedó sin brazos en la iglesia San Pablo Apóstol de Bojayá.

Ese Cristo descansa hoy dentro de una urna de cristal. Esta urna, el piso y el techo de la iglesia –instalados recientemente– y la pintura de la escuela son las únicas novedades en el pueblo. Ahora, una valla sobre el muelle de la entrada del pueblo recuerda:

El 2 de mayo de 2002 aquí las Farc asesinaron a 119 personas.  
¡Que no se nos olvide nunca!

Como homenaje, el padre Antún Ramos escribió en las paredes de la iglesia los nombres de cada una de las víctimas y una pancarta gigante saluda a los feligreses que llegan a ella.

Él sigue siendo el líder espiritual de la comunidad y ha tratado de reconstruir las almas de los pobladores. Con ellos conmemoró el retorno de los desplazados delineando en el piso de la iglesia un croquis del Chocó con 119 velas. Esa noche, además de orarles al niño Jesús y a la Virgen María, invocaron la protección de Changó, dios africano de la guerra y la fecundidad.



Fig. 1. Hull of the ship "Spartan".

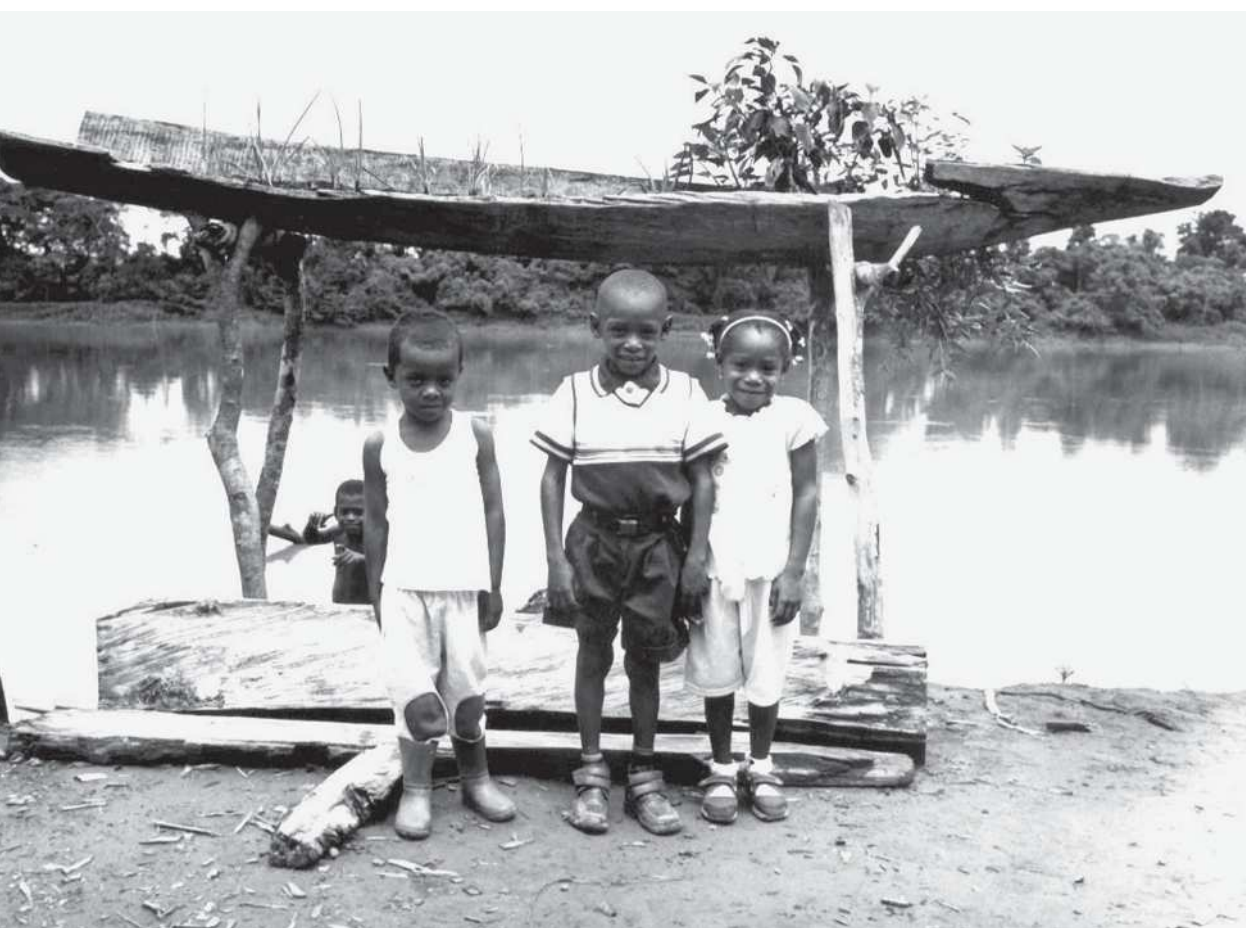


Foto: Martha Posso Rosero